



- D I E G O T A P I É -

Salamandra

Los treinta pueblos

- Capítulo primero -

Salamandra

Los Treinta Pueblos



Por Diego Tapié

· Capítulo primero ·

Cazador de esclavos

João Da Rosa

Era una tarde calurosa, de esas que uno no se olvida. Afuera mi caballo sofocado se apuraba a tragar agua del abrevadero, adentro mi vaso de caña hervía mientras lo contemplaba dejando pasar las horas para escapar de ese sol rabioso.

Entonces entró por la puerta de aquella vieja pulpería. Un hombre fino, de esos que tienen más dinero del que pueden disfrutar. Con sus botas elegantes de cuero lustrado, cuello adornado, blanco, impecable, y ese sombrero alto que usan los poderosos. Con su bastón dorado corrió el trapo que cubría la puerta, tal vez para evitar tocar la tela inmunda. Y con su monóculo bien calzado miró a todos los rincones de aquella pocilga perdida entre caminos que

nadie recorría. Impensable ver a tal personaje allí. Yo lo miré de reojo y con desconfianza, mientras el avanzaba como buscando algo. Preguntó por mi nombre con voz decidida. Yo mire al perro medio sarnoso que tenía a mi lado como preguntándole a ver que hacía. Y sin levantar la mirada le dije -João Da Rosa soy yo-.

El hombre se acercó a mí, y preguntó si yo era el oficial de monte que le habían recomendado. Le contesté afirmativamente moviendo mi cabeza y levantando la mirada, corrí unas cajas a mi lado y le ofrecí asiento. Me dijo que así estaba bien e inmediatamente me hizo un encargo. Un par de semanas atrás, uno de sus esclavos se escapó huyendo hacia el monte cerrado y no se había ido con las manos vacías. Puso sobre la mesa una pequeña bolsa de cuero con monedas dentro, me dijo que el resto me lo daría cuando completara el trabajo. Me dio las indicaciones finales y se marchó de la misma forma que vino. Subiendo a su carro, cerró la puerta y su cochero emprendió la marcha a paso ligero. Yo guardé la plata, terminé mi vaso de caña de un sorbo y me dispuse a iniciar mi trabajo.

Esa fue la primera vez que vi al Conde Melquíades.

Dos semanas pasaron para poder encontrar a aquel negro desgraciado. Se había escondido bien. Dormía en una toltería hecha junto a un fogón de piedra. Aquel tipo era grande, me sacaba buena ventaja en altura y otro tanto de ancho. Pero eso no lo salvó de que yo completara mi misión. Até sus manos detrás de su espalda, le puse una cuerda al cuello, la amarré a mi caballo, y partí hacia la estancia del terrateniente.

Fueron tres días de viaje. Lo hice pasar hambre y sed. Ya no se veía tan imponente con los la panza vacía y los pies en carne viva.

Al llegar, el Conde salió a mi encuentro fuera de la hacienda. Hizo traer al resto de los negros del quilombo para que vieran como castigaba al que ahora estaba de vuelta. Sacó un duro látigo, y lo usó sin asco sobre su espalda curtida. Doce latigazos fueron, para enseñarles a todos que la libertad no era una opción. A mí me invitó a

pasar a la cocina para que sus criadas me dieran algo de comer. Había sido largo el camino y no me negué. Y mientras cortaba con mis dientes un exquisito pan de trigo y la más tierna y jugosa carne asada que había probado nunca, él me ofreció trabajo como capataz con la excusa de que precisaba a alguien que pudiera dominar a esos negros rebeldes. La oferta era buena, era muy buena. Un trabajo con comida y techo. Para mí que no tenía ni donde caerme muerto era algo que no podía rechazar.



Pasaron tres años de trabajo duro con el señor Melquiades. Es un hombre muy sabio. A su lado aprendí muchas cosas mientras cumplía mi rol de capataz manteniendo a esos negros a raya y con el lomo al sol trabajando todo el día.

Las jornadas las pasábamos escarbando en las minas que había por todo el valle de Arraial do Tijuco, allá en Minas Gerais. Melquiades no era un noble más, él era un genio incomprendido, un adelantado a su época; ¡va! ¿Qué puedo decir yo, que soy un ignorante?

Sus impresionantes maquinas que funcionaban como por cosa del diablo, servían para talar, excavar y cargar; parecían bestias con patas y fauces, devorando todo a su paso. El Señor me explicó que funcionaban gracias a unos barriles de agua que se calentaban con fuego de carbón, pero yo creo que usaba algún tipo de brujería.

Un día apareció mandando y entusiasmado, con un viejo cuaderno con tapas de cuero y la expresión de quien tiene la certeza de hallar lo nunca visto. Hablaba de una leyenda

que se repetía por diferentes regiones, una enigmática ubicación que afirmaba haber resuelto. Pretendía embarcarnos con él hacia la isla de Queimada Grande. Yo sé que soy bastante ignorante, pero sé escuchar rumores. Alguna vez oí que a esa isla le dicen “el reino de la serpiente” y eso me daba muy mala espina.

Amarramos el bote, bajamos palas y picos y estuvimos allí unos días el patrón, cuatro negros y yo. A machetazo limpio íbamos cortando las cabezas de esos bichos rastreros que parecían brotar detrás de cada piedra y arbusto. Trabajamos sin descanso en el dichoso lugar que marcaba Don Melquíades. Ya uno de los negros inútiles se nos había muerto por la mordida venenosa de una jararacá.

Chorreando sudor, los negros trataban de perforar una gran roca que no se veía igual al resto. Como les faltaba fuerza a esos desgraciados, tuve que agarrar yo mismo el pico y hacer el trabajo. Clavé la herramienta lo más profundo que pude, tiré y partí esa piedra en varios pedazos. No era tan gruesa, sino más bien una especie de puerta y que, al sacar el pico, prácticamente, la entrada se

abrió mientras los escombros quebrados se desmoronaban. Estaba más oscuro que la boca de un lobo, asomé mi cabeza, pero no se podía ver nada, sólo se sentía un aroma especial, un aire extraño que seguramente no habría sido respirado en mucho tiempo.

Tomé una rama, até en su extremo un pedazo rasgado de mi camisa, e improvisé una antorcha, rudimentaria, aunque efectiva. Entré poniendo un pie a la vez y comencé a avanzar bajando por una especie de escalones que no parecían naturales. Las paredes eran frías y húmedas con pequeños brillos intensos que se veían como estrellas en un cielo azabache. Se escuchaba el susurro de un río subterráneo, parecía un manantial natural, y comencé a seguirlo. La caverna era amplia, mi voz resonaba y se repetía cada vez que soltaba palabras de desconcierto. Dos esclavos entraron detrás de mí, le dije a uno de los negros que corriera a buscar al patrón.

Aquellos brillos en las paredes resultaron ser cristales resplandecientes sobresaliendo entre rocas. Mientras

admiraba eso, Don Melquiades con antorcha en mano se adentraba a la cueva con mucho entusiasmo. Yo estaba a unos cuantos pasos más adelante en medio de un vacío oscuro y profundo, era como estar en medio de la nada, solo se oía el eco de mi propia voz y el agua corriendo. Caminé tres pasos más, ya no sabía si estaba avanzando o retrocediendo, y cuando me di vuelta, la luz de mi antorcha iluminó lo que me asustó como nada nunca me había asustado. Una gigantesca serpiente monstruosa con su boca enorme a punto de tragarme.

No solo yo me sobresalté a ver tal criatura, todos quedaron perplejos. Aunque nada más resultó ser una gran estatua de piedra que se ubicada en el centro de aquel misterioso ambiente.

Colgaban una especie de mechas de ramas secas; acerqué el fuego de mi antorcha y se encendieron. La llama recorrió hacia el techo y luego las paredes hasta encender un aceite espeso que corría por unos extraños surcos en el suelo, como canales. Un círculo de fuego rodeó la estatua de la serpiente, iluminando así todo el lugar.

Duros contemplamos aquella cosa que nos hacía creer haber llegado al mismo infierno. Nos miramos entre todos mientras el patrón avanzó empujado por la curiosidad que lo caracterizaba. Se veía emocionado, no dejaba de repetir su incredulidad por algo que tuvo siempre tan cerca suyo. En eso el fuego llegó a lo más alto de la serpiente y sus ojos se iluminaron como faroles. El montículo de piedras perfectamente apiladas era una escalera de muchos escalones que daba vueltas en sí misma para terminar en la enorme cabeza monstruosa, como si de un guardián se tratara.

Melquíades señaló hacia los ojos encendidos y quiso dirigirse a ver que eran. Pero lo detuve y le dije que podía ser peligroso, que era mejor que yo fuera primero por las dudas. Y así lo hice. Con cuidado fui subiendo un paso a la vez, no sabía bien que esperar. Entonces llegué a lo más alto. Era como una torre y en su cima ese espacio vacío que resultaba ser el interior de la cabeza de aquella serpiente. Era como un balcón, se podría ver desde allí toda la cueva. Los ojos de la serpiente eran dos agujeros que servían para

sostener un par de artefactos, no más grandes que una manzana y transparentes como el ámbar seco. Estaban al alcance de la mano. Brillaban por del fuego que iluminaba entre las rocas.

Desde abajo el patrón me pedía que agarrara esas cosas, los negros asustados balbuceaban maldiciones y leyendas. Alguno trató de salir corriendo, pero el patrón los paró en seco con un grito. Yo dejé la antorcha en el piso y contemplando mí alrededor extendí mi mano y tomé uno de esos ojos.

En mi puño se sentía vibrar. Era un trozo de roca translúcida y caliente, que parecía hablarme sin emitir palabra, mientras me miraba penetrante, tal si fuera una bestia feroz. Y sentí que podía partir la roca misma con mis manos. Todo mi cuerpo parecía más fuerte, desde los pies a la cabeza, como si el gualicho me diera poder. Tuve la necesidad de probar lo que creía y me asombré al ver como el duro y antiguo muro de aquel balcón se despedazaba con el golpe de mi puño desnudo.



Entonces me entusiasmé a la par del patrón que desde abajo y observando atento me demandaba le llevara ambas piedras. Entonces fui derecho al hueco de al lado donde estaba el otro ojo de cristal. Lo tomé. En cada mano un ojo, en cada ojo un destello. Pero algo más pasó. Fueron segundos, pero para mí era una eternidad. Vi como el calor crecía, el olor de mi piel quemada, la inexplicable visión de algo que sobrepasaba mi mundo.

No lo puedo explicar, no sé bien lo que sucedió. No conozco palabras que puedan describir aquello. Solo sé que mi vida terminó en aquel momento.

Salamandra es una obra original escrita e ilustrada por Diego Tapié. Copyright 2020. Todos los derechos reservados. Prohibida su copia, venta o publicación sin el permiso de su autor. Apocalipta comics | www.apocalipta.com | Uruguay

Agradecimiento especial a Juan Martín Da Rosa.
Compañero de aventuras en este proyecto, co-creador de conceptos e ideas.



www.apocalipta.com